

JAMES HOLLAND: UN CONDUCTISTA INCONFORME.

Por Edson Miguel Escalante Zepeda

Soyanalistaconductual.org

Es un cálido día de verano en Cabo Cod, una península en el extremo oriental de Massachusetts al noreste de los Estados Unidos. En uno de los poblados de la zona se realiza una manifestación a favor de los derechos civiles en la que cientos de personas se apoderan de las calles para proclamar su deseo por una sociedad más justa y equitativa. Son los últimos años de la década de 1960 y este tipo de escenas son cada vez más frecuentes a lo largo de la unión americana. Desafortunadamente, lo que ocurre a continuación también se está tornando bastante común: la policía, que se había mantenido expectante, arremete contra la multitud, disuelve la protesta y pone bajo arresto a un número considerable de manifestantes.

En una de las abarrotadas celdas de la comisaría local dos hombres llaman de inmediato la atención: el primero es Noam Chomsky, reconocido lingüista, politólogo y activista; el segundo es James Gordon Holland, investigador y psicólogo conductista quien se encontraba vacacionando en Cabo Cod cuando decidió unirse a la protesta. Para algunos detenidos resulta extraño comprobar que un científico se involucre en asuntos delicados como el activismo social.



Después de todo, desde el imaginario popular se les considera personas frías, desentendidas de la sociedad y preocupadas únicamente por lo que ocurre al interior de sus laboratorios. Si además de científico se es conductista la imagen empeora pues de ellos se denuncia su tendencia a deshumanizar al hombre, de negar la subjetividad y de anular la libertad personal.

James Holland no fue, en ese sentido, un científico convencional. Su profunda sensibilidad social y simpatía por los ideales revolucionarios permearon gran parte de su actividad profesional y lo llevaron a confrontar los valores fundamentales de la sociedad americana, así como a cuestionar severamente los avances y la orientación que siguieron los programas de modificación conductual de su tiempo. En los siguientes párrafos abordaremos los aspectos más destacados del trabajo de James, desde sus valiosas aportaciones al análisis conductual hasta su incesante lucha por la justicia social, que lo consagró como un conductista excepcional, inconforme y subversivo.

Durante su juventud, Holland sirvió en el cuerpo de *Marines* de la armada estadounidense de 1944 a 1945. En 1950 se graduó como *Bachelor of Science*, obtuvo una Maestría en Artes en 1952 y finalmente alcanzó el grado de Doctor en Psicología por la Universidad de Virginia



en 1955. Influenciado previamente por la lectura del trabajo de K. W. Spence, su inclinación por el análisis experimental del comportamiento se inició con la lectura de “La conducta de los organismos”, obra de B. F. Skinner que definió el curso de su carrera profesional.

Durante su último año de estudios en Virginia recibió la invitación de un excompañero de la universidad para unirse al grupo de trabajo que dirigía en el Laboratorio de Investigación Naval con sede en Washington, D. C. En esta institución se realizaba investigación básica, pero la marina se mantenía expectante ante las posibles aplicaciones prácticas de sus descubrimientos. A su llegada, Holland decidió centrar su atención en el comportamiento de los operadores de radar (Behavior Analysis History, 2012).

El problema al que se enfrentó fue encontrar una manera de mantener estable la conducta de monitorear la pantalla del radar en busca de señales poco frecuentes, por ejemplo, la señal de un submarino enemigo. La solución propuesta por James fue brillante: consideró que las señales actuaban como reforzadores para la conducta de observar y, en consecuencia, realizando variaciones controladas en la presentación de las señales podría determinarse la tasa y distribución temporal de dicho comportamiento. Los resultados de sus experimentos mostraron que el comportamiento de los



operadores de radar, bajo una variedad de esquemas de presentación de señales, presentaba estrechas similitudes con el desempeño de animales inferiores descrito por Fester y Skinner en su obra “Programas de Reforzamiento.” De esta manera, James se convirtió en el primer investigador en aportar evidencia empírica de la aplicabilidad de los programas de reforzamiento en humanos verbalmente competentes (Critchfield et al., 2018; Holland, 2016).

Sus investigaciones sobre lo que denominó “vigilancia humana” no solo lo convirtieron en pionero del análisis experimental del comportamiento humano; también tuvo efectos imprevistos en su futuro profesional inmediato. Todo comenzó cuando asistió a una reunión de la Asociación de Psicología del Este (APE) para hablar sobre sus hallazgos. Despertó tal interés entre los asistentes que recibió a varios de ellos en su cuarto de hotel para compartir sus datos y los registros originales de sus experimentos. La pequeña reunión transcurría plácidamente hasta que un visitante inesperado llamó a la puerta. En el umbral se dibujó una delgada y familiar silueta: era B. F. Skinner. Alguien le había hablado sobre el trabajo de James y decidió acudir a su encuentro para examinar aquello por cuenta propia. Para Holland la sorpresa fue mayúscula pues no solo no conocía personalmente a Skinner, sino que tampoco habían tenido ningún tipo de comunicación previa, y, sin embargo, ¡él se encontraba allí, en su



propio cuarto de hotel hurgando entre sus archivos! (Behavior Analysis History, 2012).

Una vez concluido el evento de la APE, James regresó a casa para continuar su trabajo en el Laboratorio de Investigación Naval. Una mañana sus actividades fueron interrumpidas por una llamada telefónica. A través del auricular reconoció la tenue y tranquila voz de Skinner, la cual escuchó con mayor nitidez cuando le preguntó: “James ¿Te gustaría venir a Harvard y trabajar conmigo en algunos proyectos?” Holland se desconcertó, habían transcurrido tan solo cinco días desde que se conocieron en aquella reunión en su cuarto de hotel, y ahora le telefoneaba para ofrecerle trabajar juntos. Vacilante, lo único que pudo responder fue “¿Que si me gustaría?” a lo que Skinner, quien nunca aceptaba otra pregunta como respuesta, replicó enfático: “¿Lo harías?” James se sobrepuso al momento y respondió con seguridad: “¡Claro que sí!” (Behavior Analysis History, 2012).

Holland llegó a Harvard como miembro investigador en el otoño de 1957. Casi de inmediato se integró al equipo de trabajo de Skinner que en ese momento conformaban Lloyd Homme y Susan Markle, quienes se encontraban trabajando en el desarrollo de una nueva tecnología conductual: la instrucción programada. Homme, por ejemplo, había diseñado unidades pequeñas para enseñar el uso de



sufijos y prefijos en la construcción de vocabulario. Sus unidades eran, a la vez, ejercicios orientados a conocer más sobre el proceso de programación, así como ejemplos de las posibilidades de aplicación de la ciencia de la conducta a la enseñanza (Holland, 2015).

El primer trabajo de James en este campo consistió en la preparación de un material programado para la enseñanza de los contenidos de un curso que Skinner impartía y en el que instruía a sus alumnos sobre la naturaleza y principios fundamentales del análisis experimental de la conducta. El producto final de este proyecto es bien conocido: luego de pasar por tres ciclos completos de desarrollo, de ser puesto a prueba en las aulas, de numerosos análisis de datos y diversas revisiones, el material se publicó bajo el título “El análisis de la conducta: un programa de autoinstrucción” y se convirtió en el primer programa de uso extendido sobre análisis de la conducta para universitarios. Por más de cincuenta años se ha mantenido como uno de los textos principales para la formación de psicólogos y analistas conductuales alrededor del mundo.

Otra de las aportaciones de James a la instrucción programada fue el desarrollo de la técnica del *blackout*, la cual permite distinguir aquellas palabras u oraciones de un material programado que forman parte efectiva de las contingencias que posibilitan la respuesta del



estudiante, de las que son intrascendentes para este fin. La calidad de un material programado solía estimarse en función de la tasa de errores cometidos por sus usuarios; a menos cantidad de errores mayor era su calidad. Sin embargo, el *blackout* proporcionó una medida más inteligente. En cierta ocasión, Holland y colaboradores emplearon la técnica para analizar un programa, tras lo cual descubrieron que cerca del 90% de las palabras contenidas en él podían eliminarse sin afectar el cumplimiento de sus objetivos. De esta forma, al eliminar la información innecesaria, el *blackout* evita que trabajar con materiales programados se convierta en una tarea extenuante y aburrida. Hoy en día este principio continúa siendo relevante en el diseño de programas de enseñanza por internet (Critchfield et al., 2018).

En 1956, luego de cumplir con el plazo máximo de ocho años que alguien puede fungir como miembro investigador, Holland dejó Harvard para integrarse en calidad de Profesor Asociado al Centro de Investigación y Desarrollo en Aprendizaje de la Universidad de Pittsburgh, institución en la que permaneció adscrito hasta su retiro en mayo del 2003 (Pittsburgh Post-Gazette, 2018). Durante este periodo, su actividad profesional fue incesante: realizó nuevas aportaciones al análisis conductual de entre las que destacan sus trabajos sobre conducta verbal, los cuales contribuyeron al posterior descubrimiento de la manera en que los tactos y mandos (operantes funcionalmente



independientes) se entrelazan, además, la extensión de su trabajo sobre “vigilancia humana” aportó pruebas de la generalidad de la Ley de la Igualación de Herrstein, impulsando con ello el entusiasmo por el análisis cuantitativo de la conducta. También fungió como consultor en centro y Sudamérica en áreas como la educación, salud infantil y ciencia del comportamiento. En lo relativo a la docencia, se estima que brindó servicio a cerca de diez mil estudiantes de pre y posgrado (Critchfield et al., 2018).

En contraste, es extraño comprobar que a pesar de su alta productividad académica Holland permaneció relegado en la categoría de Profesor Asociado durante quince años antes de obtener su nombramiento como Profesor Titular en 1980. Una de las razones para tal decisión fue la poca simpatía que tenían en la Universidad de Pittsburgh por algunas de las actividades extraacadémicas en las que James tomaba parte activa.

Durante la década de 1960, James Holland fue un crítico declarado de la guerra de Vietnam. Su pasado como *marine* le confirió una credibilidad única dentro del movimiento antibélico, y pronto se convirtió en una figura prominente del mismo. De igual manera, desempeñó un papel crucial en el proceso de integración de las protestas en Pittsburgh con las manifestaciones contra la guerra



desarrolladas a nivel nacional. También albergó en su hogar a varios de los líderes nacionales como a Noam Chomsky, Julia Bong y Benjamín Spock (Pittsburgh Post-Gazette, 2018). La participación de James en numerosas manifestaciones y actos de ocupación de espacios públicos no pasó desapercibida para los sectores poderosos y conservadores de Pittsburgh, entre ellos los magnates de la industria siderúrgica. Existe una peculiar anécdota que se refiere a la ocasión en que, estando en un club, uno de estos magnates caminó directo hacia James y vomitó sobre él intencionalmente (Critchfield et al., 2018).

Otra de las facetas de Holland despertó mayor suspicacia entre sus compañeros de la Universidad de Pittsburgh: su simpatía por los movimientos revolucionarios socialistas que ocurrían alrededor del mundo en aquel tiempo. De esta forma, James fue partidario y defensor de la revolución cubana y su apoyo trascendió las palabras. Hacia 1970 viajó a la isla como parte de la “Brigada Venceremos” (una organización política orientada a brindar apoyo a los esfuerzos revolucionarios de la isla). Este viaje fue notable por dos razones principales: en primer lugar, porque supuso un claro desafío al gobierno estadounidense que, desde el triunfo de la revolución en 1959, mantenía un embargo comercial sobre Cuba; en segundo término, James no visitó la isla pretendiendo ser recibido con honores, protocolos o ceremonias. Por lo contrario, llegó como cualquier otro voluntario a ponerse al servicio de las



necesidades del pueblo cubano. Su principal actividad consistió en colaborar en la construcción de un edificio de departamentos para las familias de trabajadores textiles. Aun cuando pudo disfrutar de algún tiempo de ocio, el suyo no fue un viaje turístico.

Durante su estancia en Cuba, James analizó la situación social en que se encontraba la isla tras la instauración del gobierno revolucionario. En uno de sus artículos (Holland, 1978b) detalló sus impresiones sobre la isla, mostrándose particularmente interesado en el abordaje comunitario de diversos problemas sociales. La piedra angular de las políticas públicas de la isla consistía en permitir a los miembros de la comunidad organizarse y tomar parte activa en la planificación y ejecución de diversos programas sociales. El resultado de tales medidas fue un espectacular progreso en el combate a problemas como el analfabetismo, alcoholismo, adicción a drogas, índices de criminalidad, etc. James contrastó esto con el fracaso de las políticas y programas sociales estadounidenses, y manifestó su gran descontento con la prensa americana cuyas difamaciones impedían a los ciudadanos americanos atestiguar lo que él denominó “el milagro social cubano.”

La influencia de los ideales socialistas en James se percibe con claridad en la manera en que abordó el problema de la ética de los



trabajos en modificación conductual (Holland, 1974, 1975, 1976, 1978a, 1978c, 1982, 2016). El problema esencial fue planteado con claridad en un simposio que reunió a Carl Rogers y B. F. Skinner (Rogers y Skinner, 1956): cediendo ante la creciente evidencia que indicaba que el comportamiento humano podía ser modificado empleando técnicas operantes, Rogers dirigió la atención al problema emergente que ello planteaba, señaló que el tremendo potencial de una ciencia que permita la predicción y el control de la conducta puede ser mal utilizado, y la posibilidad de ese uso inadecuado constituye una seria amenaza para todos.

Los detractores de la modificación de conducta aseguraban que, de caer en manos equivocadas, estas técnicas conducirían irremediablemente al establecimiento de una sociedad en la que la libertad y subjetividad serían anuladas. Además, cada uno de los aspectos del sistema social estarían orientados a satisfacer las necesidades del tirano en el poder en lugar de funcionar en beneficio de los ciudadanos. Tal era la amenaza a la que se había referido Rogers. Uno de los puntos de partida de James fue analizar la estructura y funcionamiento del sistema de gobierno norteamericano, así como el grado de libertad de la que gozaban sus ciudadanos.



Tomando como base el trabajo del psicólogo social William Domhoff (autor de *¿Quién controla américa?*) Holland (1975, 1978a) sostuvo que la sociedad americana, la tradición europea de la que provenía, así como el conjunto de naciones subordinadas a los Estados Unidos eufemísticamente denominadas “el mundo libre”, se encontraban gobernados por y para una pequeña élite. El origen de la élite se encontraba en las grandes compañías norteamericanas de las cuales eran dueños pues poseían la mayoría de sus acciones. Además, estaban sólidamente representados en las juntas directivas de fundaciones, universidades y de los medios de comunicación más importantes del país. Ejercían control sobre el gobierno de los Estados Unidos eligiendo a los candidatos que serían postulados por cada partido político mediante el financiamiento condicionado de sus respectivas campañas electorales. Gracias a su influencia política, que llegaba a los círculos cercanos al presidente, tenían el control de varios departamentos y agencias gubernamentales en las que determinaban el curso de sus políticas públicas.

Tras analizar las contingencias de reforzamiento del sistema social impuesto por la élite, dedujo que se fundamentaba en la adquisición de grandes ganancias materiales, privilegios y estatus personal. Se trataba de un sistema estratificado y cada persona ocupaba un lugar de acuerdo con su importancia. Se alentaba la



competencia: obtener más a costa de otros para lograr riqueza y estatus para subir de nivel social. No obstante, la estratificación era rígida y la movilidad entre niveles solo una ilusión, los pobres que trabajaban arduamente probablemente nunca lograrían mejorar su condición social. En la cúspide del sistema se hallaba la clase dirigente, casi hereditaria, que determinaba las metas de todas las instituciones sociales. El egoísmo y la competencia por los bienes de consumo y privilegios eran los valores preponderantes del sistema (Holland, 1975). En conclusión: no había necesidad de culpar a la modificación de conducta por la posibilidad de conducir a una sociedad distópica, los ciudadanos americanos ya vivían en un régimen autoritario como el que tanto temían.

Aun cuando el control ejercido por la élite no resultaba evidente para la población en general, incluidos los psicólogos, los problemas derivados de su sistema estratificado eran ampliamente conocidos: el predominio del control aversivo, la delincuencia, las adicciones, el hacinamiento, la violencia, el racismo, etc. Los partidarios de la ciencia del comportamiento se mostraban optimistas y consideraban que la modificación de conducta era la clave para aminorar estas problemáticas. El siguiente paso de James fue indagar el papel que desempeñaba el psicólogo dentro del sistema social de la élite y analizar el impacto social de sus intervenciones.



En aquel tiempo, los psicólogos laboraban principalmente en universidades u otras instituciones, además, la mayoría de sus investigaciones eran posibles gracias a la subvención de organismos públicos y privados. Por lo general, las entidades que otorgaban el financiamiento, así como las instituciones para las que trabajaban los psicólogos se encontraban controlados por la élite del poder, la cual dirigía y se aprovechaba del trabajo de los psicólogos para conservar sus privilegios y contribuir al mantenimiento del estatus quo (Holland, 1975, 1978b).

Entre los defensores de la modificación conductual había quienes apelaban a la neutralidad de las empresas científicas, sin embargo, esta consideración fue rechazada enérgicamente por Holland quien consideraba que la ciencia está al servicio de quienes tienen los recursos para usarla. De esta forma, James encontró indicios que revelaban la interferencia de la élite en el trabajo de los psicólogos. Por ejemplo, se percató de que la relación entre un psicólogo y aquellos sometidos a programas institucionales no se parecía en nada a la relación tradicional entre un profesional y sus clientes. En estos programas los participantes no solo carecían de contacto directo con el psicólogo a cargo, sino que su comportamiento era modificado en beneficio de otras personas.



El empleo de técnicas de modificación conductual por parte del ejército de los Estados Unidos proporcionó casos reveladores. Por ejemplo, cuando un estudio reveló que, durante guerras pasadas, la proporción de soldados que dispararon sus armas en situaciones de combate fue inferior al 25%, psicólogos contratados por el ejército añadieron procedimientos conductuales basados en el reforzamiento positivo en el entrenamiento de sus reclutas para incrementar la probabilidad de que disparasen con mayor frecuencia y eficacia. El resultado fue un aumento de la proporción a un 55%, lo cual representa un decremento en la renuencia a matar por parte de los jóvenes americanos. En este caso particular, aun cuando puede argumentarse que sustituir el tradicional control aversivo (gritos, castigos, humillaciones, etc.) del ejército por reforzamiento positivo representa un beneficio para los reclutas, el sistema no fue diseñado para mejorar las condiciones de los soldados. El ejército fue el cliente y los soldados quienes recibieron el tratamiento (Holland, 1975, 1976, 1982).

El uso de la modificación de conducta por parte el ejército no se limitó al adiestramiento de sus soldados. Una encuesta realizada entre expertos armamentistas en 1964 dio como resultado un consenso en señalar que el control conductual de grandes poblaciones sería uno de los principales sistemas de combate en el futuro próximo (Holland,



1975, 1976, 1982). Esta posibilidad fue ciertamente examinada, por ejemplo, la Academia Nacional de Ciencias patrocinó la creación del grupo de Ciencias Sociales y Conductuales de Defensa, cuyo objetivo consistía en apoyar los esfuerzos por pacificar zonas de conflicto, o para decirlo más claramente, eliminar la insurgencia en poblaciones civiles ocupadas por el ejército estadounidense. En esta línea de acción, los Institutos Americanos de Investigación recibieron más de un millón de dólares para desarrollar métodos de contrainsurgencia en una región rural de Tailandia. En su propuesta de trabajo se enlistaban procedimientos para facilitar el control de los aldeanos, de entre los que se destaca la propuesta de quemar sus cosechas y producir hambruna entre la población para incrementar la eficacia del alimento al ser empleado como reforzador. En el documento también se sugería emplear métodos similares para controlar el comportamiento de grupos sociales marginados en el territorio estadounidense (Holland, 1975).

El preocupante panorama de la modificación al servicio de la élite no se restringió al ámbito militar. James se encontró con la misma situación incluso en programas de asistencia social que, aun cuando tenían cuanto como objetivo mejorar la calidad de vida de las personas, eran diseñados inadvertidamente en beneficio de otros. Dos de los múltiples casos denunciados por Holland destacan por sus



implicaciones éticas: el Programa de Tratamiento Especial y Entrenamiento en Rehabilitación (*START* por sus siglas en inglés), y el programa para alcohólicos crónicos desarrollado por Donald Gallant.

Desde su concepción, el programa *START* fue considerado como el prototipo ideal de los programas de modificación de conducta. Para su inicio, un pequeño grupo de reclusos fue transferido a la prisión federal de Butnel, Carolina del Norte. Los participantes fueron seleccionados con base en el testimonio de los guardias de sus prisiones que los calificaron como extremadamente problemáticos y agresivos (esto a pesar de que menos de la mitad de ellos cumplía condena por crímenes violentos). Su propósito era promover un cambio conductual y actitudinal en convictos que habían demostrado una persistente incapacidad para seguir normas e incurrido en comportamientos inadecuados para vivir en el ambiente carcelario y la sociedad. Tales conductas incluían actos de agresión, lenguaje abusivo, incitación y manipulación de otros para beneficio personal, etc. La meta del programa era que los reclusos regresaran a sus prisiones de origen (Holland, 1974).

El programa estaba estructurado en nueve niveles que se diferenciaban entre sí por el nivel de privación de cada uno. Los prisioneros iniciaban en el nivel más bajo, y para darse una idea de las



condiciones a las que eran sometidos imagine lo siguiente: usted es uno de los participantes, al iniciar el programa se le mantiene en aislamiento y todas sus pertenencias son confiscadas. Carece de cualquier privilegio y únicamente le proporcionan una cama, una almohada y un mínimo de artículos de baño. Sólo le permiten ducharse y cambiarse de ropa dos veces por semana y no puede recibir visitas, acceder a materiales de lectura ni escuchar el radio. No le permiten salir de su celda ni para ir al comedor y debe tomar sus alimentos dentro de su celda.

Pero no todo son malas noticias, la buena es que usted puede recibir fichas intercambiables por bienes y privilegios. De acuerdo con un cuidadoso esquema, usted puede ganar fichas por una buena apariencia e higiene personal, por trabajar en el taller de la prisión, pero sobre todo por exhibir comportamientos que implican sumisión a la autoridad de los guardias, pasividad y obediencia. Por ejemplo: usted debe aceptar y realizar las tareas que le son impuestas y deben hacerlo además de buena gana, sin necesidad de ser persuadido, debe comunicarse en “un tono razonable de voz” y si desea hacer alguna petición a los guardias debe hacerlo de manera no demandante y aceptar sin discusión alguna una respuesta negativa. Si quería mejorar sus condiciones debía obtener una cantidad determinada de fichas



diariamente, luego de varios días de cumplir con ese criterio era promovido al siguiente nivel.

¿Qué pensaría si le obligaran a participar en un programa semejante? ¿Estaría usted conforme con las condiciones de privación de cada nivel del programa? ¿Piensa que usted se podría beneficiar de un programa semejante? Los convictos que participaron en el programa consideraron que se violentaban sus derechos, no tuvieron una buena percepción del programa y llevaron sus quejas hasta los tribunales de justicia.

Durante los juicios contra el programa promovidos en nombre de los reclusos, los tribunales recurrieron a tres psicólogos para dar su testimonio en calidad de expertos. Dos de ellos, Nathan Azrín y William DeRisi afirmaron que START era metodológicamente correcto. Específicamente Azrín (co-creador del método de economía de fichas) afirmó que el programa hacía uso de prácticamente todos los principios relevantes de la modificación de conducta. Había un estado constante de privación, un cuidadoso arreglo de contingencias y una progresión gradual en el cumplimiento de los objetivos conductuales. El tercer experto de la corte, Harold Cohen, realizó una evaluación negativa e indicó que el hecho mismo de que el caso hubiera llegado a los tribunales era la prueba de que algo no marchaba bien con el



programa. Finalmente, tanto Cohen como DeRisi se manifestaron en contra de la privación extrema de START y criticaron la ausencia de asesores independientes que hubieran podido prevenir el abuso sobre los prisioneros. Su testimonio conjunto contra el programa condujo a su terminación (Holland, 1974).

Para James, resultó evidente que el programa fue diseñado para ayudar al personal de la prisión a conservar su liderazgo. Los presos que atienden de inmediato las ordenes sin cuestionarlas, que nunca expresan sus inconformidades y que no predisponen a otros prisioneros contra los guardias, son el tipo de recluso que hace que el trabajo que los custodios y directivos de la cárcel más simple, seguro y confortable. Los objetivos del programa no contribuían a la rehabilitación de sus participantes y tampoco los preparaba para su reinserción en la sociedad. En el mejor de los casos, afirma Holland, los presos eran adaptados a la disciplina del sistema carcelario.

El tratamiento de alcohólicos crónicos dirigido por Donald Gallant muestra hasta qué punto la clase dirigente influye y distorsiona el trabajo de los psicólogos. Holland (1978a) no tuvo reparo en denunciar que frecuentemente los modificadores de conducta aceptaban ideas y opiniones de sus empleadores, aun cuando estas fueran contrarias a los hechos de su ciencia básica, por ejemplo, que el comportamiento a



modificar tenía su origen en entidades o rasgos internos de las personas, lo cual provocaba que los programas de modificación conductual tuvieran un énfasis en el individuo y no en las condiciones de su ambiente.

Para los alcohólicos encarcelados u hospitalizados la terapia de aversión era el tratamiento más común. El procedimiento estándar consistía en asociar los estímulos que acompañan al acto de beber (ej. El sabor de las bebidas, los estímulos visuales e incluso el imaginar que se bebe) con estímulos fuertemente aversivos como choques eléctricos o náuseas producidas por fármacos. Para James, aun cuando el procedimiento cuenta con fundamentos experimentales, este tipo de terapias omitían por completo los principios del aprendizaje discriminativo: el hogar, los bares o las calles en los que ocurre el acto de beber son fácilmente discriminados de las condiciones artificiales del laboratorio o la clínica de rehabilitación, con lo que su efectividad se ve limitada (Holland, 1978a).

Siguiendo esta línea, el estudio de Gallant consistió en evaluar un tratamiento aversivo (en su programa se utilizaba un fármaco para inducir fuertes náuseas al ingerir alcohol) para alcohólicos crónicos. De los 210 participantes del programa, poco más de la mitad había sido arrestado en más de 50 ocasiones y tenían en promedio 14 condenas



en el año que se realizó el estudio. Su participación fue “voluntaria”, un juez los sentenció a cumplir 90 días en prisión o participar en el estudio. Gallant defendió la participación forzada en el estudio afirmando que con ello se buscaba dar a los alcohólicos “algo que perder” si continuaban con su consumo. De acuerdo con él, tener algo que perder es esencial para sus alcohólicos a los que calificó de apáticos, deprimidos, desconfiados, dependientes y despreocupados (Holland, 1978a).

El problema de los participantes se identificó simplemente con la ingesta recurrente de bebidas alcohólicas. No obstante, Holland (1978a) encontró indicios que sugerían otra definición del problema. Al analizar la descripción demográfica de los participantes del estudio, James descubrió que de los 210 participantes solo 4 vivían con su esposa, 24 con algún pariente y 3 de ellos con amigos, es decir, la gran mayoría vivía solos y más de la mitad no tenía residencia fija. Eran pobres, desempleados, infelices y solitarios. Gallant pareció ignorar todo esto e incluso, cuando se descubrió el problema del acoso policiaco que sufrían sus alcohólicos (eran frecuentemente arrestados aun cuando no estaban ocasionando problemas), su atención se centró más en el problema que ello representaba para la recolección de datos que en la manera en que podía influir en los hábitos de bebida de sus participantes.



Gallant olvidó los principios fundamentales: la teoría sobre la que descansa la modificación de conducta indica que el comportamiento, incluso cuando es problemático, es producto de las contingencias de reforzamiento que operan en el ambiente natural del sujeto. Si la conducta ha de modificarse efectivamente son dichas contingencias las que deben cambiar. Su error fue no reconocer el papel que desempeñaban la miseria y la soledad en el problema de bebida de sus alcohólicos: en una ocasión, uno de los participantes del programa llamó por teléfono a la policía para reportar que una persona alcoholizada se encontraba inconsciente a un lado de la cabina telefónica, acto seguido colgó el teléfono y se recostó a un lado de la cabina en espera de que llegaran a arrestarlo (Holland, 1978a). Después de todo, comenta James, para el pobre, las personas sin hogar y los solitarios, la cárcel puede contener importantes reforzadores.

El estudio concluyó sin que pudiera encontrarse alguna ventaja del programa de terapia aversiva, y Holland (1978a) no pudo ser más contundente al señalar que “el alcoholismo no es como una apendicitis, en la cual el remover la parte descompuesta conlleva a la cura (p.167)”. De igual manera esbozó una aproximación distinta al problema al que se enfrentó Gallant y que quizá hubiera tenido mayor impacto: sugirió instalar en un barrio marginado un centro comunitario con comedor gratuito, televisor, juegos y mobiliario dispuesto para favorecer la



conversación, y una vez hecho esto dar acceso a los alcohólicos con la única condición de permanecer sobrios para ingresar.

De acuerdo con Holland (1978a), quizá sean los aspectos punitivos de la terapia aversiva los que explican en parte la persistencia en su uso a pesar de sus modestos resultados. Una sociedad que juzga a los alcohólicos como merecedores de escarmiento por sus actos irresponsables puede alentar un trato abusivo hacia su persona. James denominó a esto una estrategia de “culpar a la víctima” y en la práctica muchos programas de modificación de conducta operaban bajo esa lógica. Los criminales, por ejemplo, eran sometidos a programas para modificar su comportamiento en prisión, pero poco se hacía por analizar y modificar las contingencias que producen el comportamiento delictivo. De esta forma, se torna evidente que los intereses de las clases dominantes se mantienen por encima del bienestar común. En el caso del alcoholismo, por ejemplo, muchas de las condiciones que alimentan el consumo de alcohol provienen de la industria licorera. Un esfuerzo serio por resolver el problema del consumo no es prioridad: basta con imaginar el efecto económico que tendría para la industria una disminución repentina del consumo de bebidas alcohólicas. Lo prioritario es mantener las ganancias a pesar del costo social que ello pueda representar.



Las opiniones de James sobre el rumbo de los trabajos en modificación de conducta generaron polémica y fueron cuestionados con severidad por sus colegas. Algunos de ellos consideraron que James subestimaba la efectividad de los programas de modificación conductual y que negaba los progresos realizados en este campo al presentar un panorama francamente pesimista (Azrin, 1978; Birnbrauer, 1978; Goldiamond, 1978). Nada más alejado de la realidad: James (1978c) creía firmemente que el análisis conductual desempeñaría un papel protagónico en el proceso de cambio político y social. Sus críticas y denuncias no eran, como lo había declarado Azrin, un simple recordatorio de las inequidades sociales, sino que constituían el primer paso en el proceso de transformación de los sistemas de poder.

Holland (1974) consideró que los analistas conductuales podían prestar servicios adicionales que el simple análisis de las estructuras de poder. En un primer término, considerando que la ciencia y sus frutos tecnológicos está principalmente al servicio de quienes poseen los medios para controlarla, los psicólogos deberían priorizar el desarrollo de herramientas conductuales intrínsecamente accesibles para todos los integrantes de la sociedad, incluidos los pobres y marginados. Algunas de ellas serían las técnicas de autocontrol del comportamiento, y el desarrollo de estrategias de afrontamiento para



problemas de índole personal, interpersonal, de comunicación, grupales y sistémicos.

En segundo lugar, en el diseño de los programas de modificación conductual se deben evitar la influencia de los valores y estructura del sistema estratificado de la élite, y preferirse el desarrollo de programas en el que sus participantes tomen parte activa en la determinación de sus objetivos y funcionamiento. James propone una guía en forma de preguntas que puede servir a los psicólogos a desarrollar estrategias de intervención más democráticas: ¿Hay personas en una posición de poder que quieren diseñar un programa para sus subordinados?, ¿En qué medida los nuevos comportamientos beneficiaran a los que tienen poder y en qué medida se benefician sus subordinados?, ¿Cuánta libertad tienen los subordinados de contribuir en el diseño del programa?, ¿La participación será forzada?, ¿Los dirigentes experimentarían las mismas contingencias que sus subordinados?, y finalmente ¿Los reforzadores extrínsecos con los que se iniciará el programa serán desvanecidos para que los intrínsecos puedan ser efectivos? (Holland, 2016).

Finalmente, programas de modificación de conducta como los propuestos por James solo podrían sostenerse en una cultura en la que el egoísmo, la competitividad y la acumulación de riqueza sean



sustituidos por la cooperación y el altruismo. En una sociedad así, el logro individual se valoraría en términos de su contribución a las metas del grupo, y el gobierno trabajaría para que todos los ciudadanos sean genuinamente iguales en estatus y acceso a los bienes materiales. Para Holland (1975) un cambio en esa dirección solo puede alcanzarse a través de una revolución, afirma que cuando una fuerza revolucionaria toma el poder la revolución no termina ahí, sino que apenas comienza. Construir una sociedad así requiere un cambio revolucionario en el hombre, requiere la creación de un nuevo hombre cooperativo mediante la creación de los sistemas de reforzamiento que le den forma. Los analistas conductuales podrían contribuir a esa meta diseñando sistemas de reforzamiento compatibles con los valores de una sociedad igualitaria, no materialista y no elitista. La voluntad de trabajar para un cambio social, sentencia James (1974), requiere de personas con consciencia de clase, con comprensión de las fuerzas opresivas de la élite y con una clara visión de una sociedad cooperativa e igualitaria.

James Holland permaneció fiel a sus principios revolucionarios y socialistas a lo largo de su vida. En el año 2016 escribió un artículo en el cual refrendaba su antigua pugna a favor del empleo democrático y liberador de los programas de modificación conductual. De igual forma, en dicho trabajo parece indicar que la situación de la ciencia del



comportamiento al servicio de las élites no había cambiado mucho en todo ese tiempo: lamentó profundamente el caso de los psicólogos contratados por la CIA para desarrollar técnicas de interrogación (por no decir abiertamente: de tortura) más eficientes, los cuales tomaron como base en los trabajos sobre indefensión aprendida de Martín Seligman.

Luego de su retiro continuó escribiendo algunos artículos y asistiendo como invitado a eventos académicos. En su tiempo libre participaba activamente en un grupo de teatro improvisado en el que interpretaba relatos sobre crecer en las islas Cockspur y Tybee en el río Savannah, y sobre disfrutar del gigantesco roble y de las ardillas del jardín de su hogar en Pittsburgh. En el año 2000 creó junto a su esposa, la Dra. Pamela Meadowcroft, el Fondo Memorial *Benjamín T. Holland* para la custodia de tierras en la *Western Pennsylvania Conservancy*, en honor a su hijo Benjamín fallecido en 1998 (University Times, 2018).

James Gordon Holland falleció el 18 de enero del 2018. Recordado por todos como una figura prominente del análisis conductual, sus amigos cercanos y familiares lo recordarán como un esposo y padre devoto. Sus hijos han manifestado lo mucho que aprendieron de sus consejos sobre cómo llevar un buen matrimonio, enfocarse en las cosas importantes de la vida y, sobre todo, a



cuestionar cualquier autoridad. La Dra. Pam destacó sus mejores cualidades al recordar que James nunca habló mal de nadie en su vida, la lucha por sus ideales fue incesante, pero, al final incluso sus adversarios se convirtieron en sus amigos (Pittsburgh Post-Gazette, 2018).

Los trabajos de James cobran hoy en día un renovado interés. No han quedado relegados a meras curiosidades históricas, algunas de sus críticas y denuncias siguen teniendo tanta vigencia hoy en día como en su tiempo. Finalmente, quizá no exista mejor manera de recordar a James que a través del testimonio del Dr. Tony Nevin, su amigo y colega (Critchfield et al., 2018):

Fuera del laboratorio Jim y yo tuvimos animadas conversaciones en los 70's y 80's sobre asuntos de justicia social en los Estados Unidos y sobre su guerra en Vietnam o las que libraba en algún otro lugar. Su voz apasionada ciertamente contribuyó a la persistencia de mis propias protestas durante esos años, ahora esa voz es muy necesaria para combatir a las políticas miopes, peligrosas y crueles de nuestro gobierno en estos tiempos de ignorancia. Lo extrañamos, lo necesitamos (p. 315).



REFERENCIAS:

Azrin, N. (1978). Toward a solution: A critique. *Journal of Applied Behavior Analysis*. 1(11), 175
<https://doi.org/10.1901/jaba.1978.11-175>

Behavior Analysis History (2013, 21 de febrero). *An interview with James Holland*. [video]. Youtube.
<https://www.youtube.com/watch?v=DbcscMQ2LJc>

Birnbrauer, J. S. (1978). Better living through behaviorism?. *Journal of Applied Behavior Analysis*. 1(11), 176.
<https://doi.org/10.1901/jaba.1978.11-176>

Critchfield, T. S., Greer, R. D., Johnson, K., Morrow, J. E., Nevin, J. A., y Perone, M. (2018). Role model for pursuing an expansive science of behavior: James G. Holland. *Perspectives in Behavior Science*, 41(1), 309-318. <https://doi.org/10.1007/s40614-018-0155-8>

Goldiamond, I. (1978). The professional as a double-agent. *Journal of Applied Behavior Analysis*. 1(11), 178-184.
<https://doi.org/10.1901/jaba.1978.11-178>

Holland, J. G. (1974). Behavior modification for prisoners, patients, and other people as a prescription for the planned society. *The Prison Journal*, 54(1), 23-37.
<https://doi.org/10.1177/003288557405400104>



Holland, J. G. (1975). ¿Servirán los principios conductuales para los revolucionarios? En Consecuencias políticas de aplicar la psicología conductual. En F. S. Keller, y E. Ribes (Eds.), *Modificación de conducta. Aplicaciones a la educación*, (pp. 265-281). México: Editorial Trillas.

Holland, J. G. (1976). Ethical considerations in behavior modification. *Journal of Humanistic Psychology*, 16(3), 71-78.
<https://doi.org/10.1177/002216787601600309>

Holland, J. G. (1978a). Behaviorism: Part of the problem or part of the solution?. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 11(1), 163-174.
<https://doi.org/10.1901/jaba.1978.11-163>

Holland, J. G. (1978b). To Cuba with the Venceremos Brigade. *Behaviorists for Social Action Journal*, 1, 21-28.
<https://doi.org/10.1007/BF03406116>

Holland, J. G. (1978c). Toward a solution: A rejoinder. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 11(1), 185-187.
<https://doi.org/10.1901/jaba.1978.11-185>

Holland, J. G. (1982). Consecuencias políticas de aplicar la psicología conductual. En R., Ulrich, T., Stachnik, y J. Mabry (Eds.) *Control de la conducta humana. Modificación de conducta aplicada al campo de la educación* (pp. 594-603). México: Editorial Trillas.

Holland, J. G. (2015). The analysis of behavior in instruction: Science and a technology based on science. *Operants: The BF Skinner*



Foundation Report, 2, 10-15. Recuperado de

https://www.bfskinner.org/wp-content/uploads/2015/07/OPERANTS_Q2_2015.pdf

Holland, J. G. (2016). Behavior analysis and positive human values. *Revista Brasileira de Terapia Comportamental e Cognitiva*, 18(esp.), 11-18. <https://doi.org/10.31505/rbtcc.v18i0.859>

James G. Holland Obituary. (2018, 17 de enero). *Pittsburgh Post-Gazette*. Recuperado de: <https://www.legacy.com/obituaries/postgazette/obituary.aspx?n=james-g-holland&pid=187873360&fhid=9719>

Obituary: James Holland. (2018, 09 de febrero). *University Times*. Recuperado de: <https://www.utimes.pitt.edu/archives/?p=47599>

Rogers, C. R., y Skinner, B. F. (1956). Some issues concerning the control of human behavior. A symposium. *Science*, 124(3231), 1057- 1066. <https://doi.org/10.1126/science.124.3231.1057>

Puedes consultar los artículos citados en la carpeta compartida haciendo click [AQUÍ](#).

